

Campañas militares y fases de la guerra civil española

José Luis MARTÍNEZ SANZ
Universidad Complutense de Madrid
martsanz@ghis.ucm.es

1. Los inicios de la guerra

Aunque han pasado ya más de sesenta años, todavía están entre nosotros muchas personas que recuerdan aquel trágico año que fue 1936: tras las elecciones de febrero, se patentizó la profunda división de una sociedad que sufría el enrarecido ambiente que producían los constantes atentados y crímenes políticos, fruto de la confrontación entre los diversos grupos políticos. Pero, sobre todo, recuerdan aquella larga noche del 17 al 18 de julio, llena de un rumor que se expandía por la radio y por el boca a boca: “Los militares se han sublevado en Marruecos”.

Treinta años después¹ quedó para los historiadores la constancia de que también los militares estaban divididos: una tercera parte se sumó al Alzamiento, otro tercio se mantuvo fiel a la República, y el otro tercio –los indecisos de los primeros momentos– fue apresado y fusilado por cualquiera de los otros dos, bajo la acusación de traición por no haberse unido a ellos desde el principio. Desde los años setenta se publicaron diversas obras que permitieron reconstruir la conspiración² contra una República que resultaba amenazante y peligrosa para la mitad de España³, y que vivía en un ambiente radical y muy alejado de la convivencia pacífica⁴.

¹ A ese conocimiento contribuyó decisivamente el libro de SALAS LARRAZÁBAL, Ramón: *Pérdidas de la guerra*, Barcelona, Planeta, 1977. Este autor era general del Ejército y estuvo destinado en el Servicio Histórico Militar (desde 1998 éste se denomina Instituto de Historia y Cultura Militar), y se aproximó al tema de las bajas en la Guerra Civil cuando en los sesenta se inició una polémica sobre esas cifras: el novelista catalán José M^a Gironella dio en su trilogía (*Los cipreses creen en Dios* –1953–, *Un millón de muertos* –1961– y *Ha estallado la paz* –1966–) una cifra desorbitada, que fue negada por muchos historiadores. Ramón Salas intervino en aquella polémica con su famoso artículo “Los muertos de la guerra civil fueron 296.793”, *Nueva Historia*, n^o 1 (1977), pp. 35-48.

² Además de los artículos de Daniel SUEIRO, y del libro de del BURGO, Jaime: *Conspiración y guerra civil*, Madrid, Alfaguara, 1970, la más importante y conocida es la del carlista navarro (y jefe regional del Requeté) de LIZARZA, Antonio: *Memorias de la conspiración (1931-1936)*, Madrid, Dyrsa, 1986, quien preparó el Alzamiento con Mola.

³ Como es bien sabido, entre las amenazas de José Díaz, (que más tarde repetirían Casares Quiroga, Dolores Ibárruri y otros diputados de grupos de izquierda), Gil-Robles –líder de la CEDA– respondió en el Congreso el 15 de abril de 1936: “La mitad de la nación no se resigna a morir; yo os lo aseguro. Si no puede defenderse por un camino, lo hará por otro”. (GIL-ROBLES, José M^a: *Discursos parlamentarios*, Madrid, Taurus, 1971, p. 561).

⁴ Aquel ambiente está magistralmente descrito en el libro de GIBSON, Ian: *La noche en que mataron a Calvo Sotelo*, Barcelona, Planeta, 1975, que resulta particularmente interesante y revelador.

En unos pocos días España había quedado dividida, y se inició una cruenta guerra civil: no eran sólo dos ejércitos o agrupaciones de soldados los que combatían, sino que con ellos combatían también milicias de civiles voluntarios, pertenecientes a partidos, sindicatos o grupos que se habían estado preparando para eso durante los años anteriores a la confrontación. Más tarde, ambos bandos en lucha fueron ayudados por voluntarios extranjeros. Desde que David T. Cattell lo publicara, es sabido que en la reunión de la Komintern en Praga del 26 de julio de 1936 se decidió la ayuda financiera y militar (de inmediato se formó una brigada) a la II República. Los partidos comunistas de todo el mundo, fieles a la consigna de la Komintern de “luchar contra el fascismo” (Lenin había iniciado la costumbre de llamar “fascista” como insulto a toda persona, partido o régimen que no cediera ante los comunistas y defendiera su derecho a elegir otro sistema político), y para ayudar a una República cada vez más dominada por la demagogia del partido comunista y por su consigna de que había que hacer la revolución y después ganar la guerra, organizaron las Brigadas Internacionales: sus dirigentes eran A. Marty, Luigi Longo y Giuseppe de Vittorio, y entre sus principales mandos destacaron Kleber (el austro-rumano Lazar Stern), Walter (el polaco Karol Swierczewski), Lukacs (el húngaro Mata Zalka), Tito, Rodion Malinowsky, Gorev, etc. Por su parte, y con la ayuda y garantía de March⁵, Alemania e Italia ayudaron al bando anticomunista con material y combatientes: los alemanes enviaron a la *Legión Cóndor* (dirigida por Von Morau y Von Richthofen) y los italianos al *CTV* (Cuerpo de Tropas Voluntarias, mandadas por los generales Roatta y Faldella)⁶.

En medio de todos estos sucesos, en la guerra en España apareció un extraño componente religioso: en la zona fiel al gobierno republicano, cada vez más dominada por las milicias, se desató una feroz persecución religiosa con un sadismo y crueldad poco imaginables, a la vez que anarquistas y comunistas predicaban la revolución. Todos estos hechos trajeron consigo que en todo el mundo occidental se viese con enorme curiosidad e interés la lucha que desangraba a los españoles, los cuales dirimían sus diferencias en trincheras y campos de batalla en vez de hacerlo en el hemiciclo parlamentario de una nación en paz y con orden social. Y así, no sólo Hemingway y Malraux, sino muchos intelectuales, escritores y periodistas se interesaron por la guerra, por los españoles, y por el significado de aquella contienda a la que ya entonces se denominó: “La última guerra romántica del siglo XX”.

La intransigencia y la falta de un deseo de convivencia eran justamente el problema y la espoleta del conflicto: las primeras páginas del libro de Gibson impresionan por su crudeza a los estudiosos actuales de aquellos hechos. En 1936 el gobierno se vio desbordado por los hechos... y por las organizaciones y milicias “populares”⁷. En

⁵ El conocido origen chuetta o judío mallorquín (como el mismo Antonio Maura) del banquero mereció una actitud de rechazo “al sionismo internacional” por parte del Partido Nacionalista Vasco, que se evidenció en el famoso “Informe Onaindía”, entregado el 23 de octubre de 1936 por el canónigo vasco en la Secretaría de Estado del Vaticano en nombre del PNV vasco. Sobre este aspecto, véase “Nuevo documento y testimonios. Por qué el PNV no apoyó a Franco en la guerra”, *Cambio 16*, nº 805, 4-V-1987, p. 53 y ss.

⁶ Sobre la presencia de extranjeros en la guerra de España, son ya clásicos los libros de LONGO, Luigi: *Las Brigadas Internacionales en España*, Méjico, Ed. Era, 1966, y de SCHWARTZ, Fernando: *Internacionalización de la guerra de España*, Barcelona, Ariel, 1971.

uno y otro bando, un paroxismo bélico parecía haberse apoderado de los españoles, de sus líderes e ideólogos; sin embargo, el bando republicano quedó definido desde los primeros momentos por dos hechos: por un lado, la defensa de la legalidad institucional; por otro, la feroz y cruenta persecución contra los católicos y las gentes “de derechas”. Eso marcó la guerra española con una perspectiva extraña, como fue la aparición de un “espíritu de cruzada” que la hizo “romántica” a los ojos del mundo:

- En el bando nacional, la Iglesia y las gentes vivieron la guerra civil como una “cruzada contra el marxismo y el materialismo ateo”⁸ que producía centenas de mártires de la fe por su “odio a la religión”. Así lo expuso el Cardenal. Gomá: “Es el amor al Dios de nuestros padres el que ha llevado a España a alzarse en armas. En un lado, los campos se han convertido en templos; en el otro, miles de sacerdotes asesinados, las iglesias destruidas, una furia satánica... “. Así había quedado también formulado en la famosa *Carta colectiva del Episcopado español* a los obispos de todo el mundo, aparecida el 1 de julio de 1937, y cuya autoría se atribuye a Gomá⁹.
- Pero también el bando republicano vivió la guerra como una “cruzada contra el fascismo”: Dimitrov y la *Komintern* venían anunciando durante años que el fascismo amenazaba a Europa y era preciso frenarlo a toda costa. Ese espíritu¹⁰ era el que había llevado a la formación del Frente Popular en la España de febrero de 1936, y es el que explica por qué a partir del mes de julio varios grupos político-sociales se plantearon si primero se debía ganar la guerra y luego hacer la revolución, o si lo prioritario era hacer la revolución y luego dedicarse a ganar la guerra. Por eso, muchos hombres en todo

⁷ El término “popular” tiene desde 1789 unas connotaciones democráticas por hacer referencia a la soberanía del pueblo. Pero evidentemente ese término se utilizó con otro contenido diferente en la España de 1936, sobre todo cuando se usó para designar algunos tribunales y milicias de partidos y sindicatos socialistas, comunistas y anarquistas. Diez años después, y con el mismo contenido, se volvería a utilizar en la Europa Oriental para designar las “democracias” creadas por Stalin.

⁸ Véase ANDRÉS GALLEGU, José: “El nombre de ‘Cruzada’ y la guerra de España”, *APORTES*, nº 8 (1988), p. 65; y recuérdese también la obra (aún vigente) de PALACIO ATARD, Vicente: *Cuadernos bibliográficos de la guerra de España (1936-1939)*, editados en varios volúmenes en Madrid, Universidad Complutense, de 1966 a 1970.

⁹ La “Carta” supuso a la zona nacional un gran apoyo, también internacional. Hug THOMAS la cree sugerida por Franco (THOMAS, Hugh: *La guerra civil española*, París, Ruedo Ibérico, 1965, p. 530), pero es más lógico que los obispos la firmasen impelidos por la persecución desatada en la zona republicana contra los sacerdotes y militantes católicos. Parece que Gomá fue ayudado y asistido en la redacción por Pla i Deniel (obispo de Salamanca) y por Eijo y Garay (obispo de Madrid-Alcalá). Sobre la carta, véase RODRÍGUEZ AÍSA, María Luisa: *El Cardenal Gomá y la guerra de España. Aspectos de la gestión pública del primado, 1936-1939*, Madrid, CSIC, 1981.

¹⁰ Georgi DIMITROV era líder del partido comunista de Bulgaria, y fue elegido Secretario General de la *Komintern* en su VII Congreso. Muchos de sus discursos de esta época propugnaban una cruzada antifascista (aunque él no utilizase el término “cruzada”), y son más fáciles de consultar en italiano que en búlgaro, en su obra *Dal fronte antifascista alla democrazia popolare*, Roma, Rinascita, 1950, especialmente las pp. 58-59, 68-69 y 75-76. Sobre el reflejo de ese espíritu en la guerra de España, ANDRÉS GALLEGU, José: “Las razones del odio y del amor”, en MONTENEGRO, Ángel (Coord.): *Historia de España*. Madrid, Gredos, 1965, pp. 39 y ss.

el mundo recogieron la llamada a una cruzada antifascista en España, y acudieron a los centros de reclutamiento abiertos por el partido comunista de cada país para alistarse como voluntarios en las *Brigadas Internacionales*, de cuya moral de combate y “espíritu de cruzada antifascista” se ocupaban los Comisarios políticos enviados por la Komintern.

El “espíritu de cruzada” que se respiraba en ambos bandos, y el radicalismo de sus planteamientos, se simultaneaban con extraños conflictos internos en cada uno de ellos: entre los republicanos, unos defendían la legitimidad democrática mientras que otros querían realizar una revolución social y política de carácter radical o marxista; a su vez, entre los sublevados había quienes defendían su existencia como opción política democrática, otros que abominaban de la democracia, y otros que amalgamaban sus ideas políticas con sus creencias religiosas, aunque todos ellos trataban de salvar su vida física¹¹. Precisamente el radicalismo e intransigencia de actitudes –junto con ese espíritu romántico de “lucha por la causa”– produjo en las mentalidades sociales de aquellos españoles que la lucha político-militar coexistiera paulatinamente con la revolución (en un bando) o lo religioso (en el otro bando).

De todos modos, lo evidente es que España se había partido en dos bandos que luchaban furiosa y rencorosamente. La “zona republicana” o gubernamental comprendía la capital (Madrid) y toda Cataluña, el Levante, el centro (Castilla la Nueva, salvo el Alcázar de Toledo), el norte (Asturias –salvo Oviedo–, Santander y Euzkadi), la zona de Badajoz, y la mayor parte del sur (casi toda Andalucía y Murcia), así como Menorca. En su deseo de evitar la guerra, Casares Quiroga dimitió aquel 18 de julio para que Diego Martínez Barrio formase un nuevo gobierno de conciliación, pero ya era demasiado tarde para todos: en tan poco tiempo ya se había derramado mucha sangre. Además, ante el rechazo de las masas populares, Martínez Barrio presentaba su dimisión al día siguiente: el 19 de julio el presidente de la República, Azaña, entregó el gobierno a José Giral, quien rápidamente se movilizó para aplastar el alzamiento cívico-militar. En efecto: lo consiguió en Madrid, Barcelona y otros enclaves; y sin embargo, la acción de las milicias contra aquellos militares produjo un caos organizativo, demagogia y un efectivo vacío de poder legítimo.

La “zona nacional” comprendía el norte compuesto por Navarra, Álava, Galicia, León y la ciudad de Oviedo; el centro-oeste, con Castilla la Vieja, un enclave (el Alcázar) en Toledo, el oeste de Aragón y el norte de Extremadura; y el sur y la periferia, con las ciudades de Cádiz, Sevilla, Córdoba y Granada, junto con las islas Baleares (excepto Menorca) y las Canarias. Estaba dirigida por una *Junta de Defensa*¹² (a la que no pertenecía Franco), y en ella se buscó y mantuvo la disciplina y unidad de mando en función de la eficacia militar.

¹¹ Aquella mitad de España a la que aludía GIL ROBLES sabía que la querían eliminar físicamente sólo por sus ideas políticas o religiosas, y se aprestó a defenderse... y en otros casos a prepararse a morir. Para entender este último aspecto, parece muy conveniente recordar la letra del himno de las Juventudes Masculinas de ACCIÓN CATÓLICA, estrenado en un Congreso que tuvieron en 1932: “...Ser apóstol, o mártir acaso, / mis banderas me enseñan a ser...”.

¹² La Junta de Defensa Nacional se constituyó el 24 de julio de 1936: con sede en Burgos, estaba presidida por el general M. Cabanellas y formada por los generales A. Saliquet Zumeta, F. Dávila Arrondo, M.

2. Empieza la “batalla de Madrid”

La estrategia de los sublevados era doble en esa primera fase de la guerra (jul.-nov.1936). Política: desde el norte debían tomar Madrid e imponer sus condiciones al gobierno. Militar: debían desembarcar en España sus aguerridas tropas de África y confluir hacia Madrid.

El primer objetivo no podía ser realizado; pero Mola envió desde Valladolid una heterogénea fuerza mandada por el coronel Serrador a tomar el paso occidental de la Sierra de Guadarrama, que desde entonces se llamó el “Alto de los Leones” (22 de julio de 1936), y otra mandada por el coronel García Escámez hacia Guadalajara, que –al encontrarla tomada por los milicianos de Madrid– ocupó el paso norte (Somosierra) el día 25. También envió otras para liberar San Sebastián y Tolosa, que no lograrían su objetivo hasta meses después: el 15 de septiembre tomaban la capital donostiarrá.

El segundo objetivo, el desembarco, se encontró en graves dificultades cuando en muchos buques de la Armada la marinería se amotinó y mató a sus oficiales, poniendo aquellas naves al servicio de la República: así en el caso de *Sánchez Barcáiztegui*, el *Churruca*, el *Almirante Valdés*, y otros muchos. En otros, la audacia de sus oficiales (como el capitán de navío Fernando Moreno en el *España*) o un cúmulo de circunstancias (así, el *Almirante Cervera*, el *Baleares*, el *Canarias*, etc.). A pesar de todo, se pudo realizar (5 de agosto) y el ejército de África se extendió por Cádiz y Sevilla, quedando la zona sur de Andalucía bajo la dirección de Queipo de Llano.

Desde su cuartel general en Sevilla –luego lo llevaría a Cáceres–, Franco puso a Yagüe al mando de la “columna Madrid” (compuesta por las columnas de Asensio, Tella y Castejón), y eligió como ruta a Madrid la que partía de Sevilla hacia Mérida (11 de agosto), Badajoz (14) Trujillo, Navalморal de la Mata (día 23) y Talavera de la Reina (5 de septiembre), donde se le unieron Barrón y Delgado Serrano; con ello resolvía los problemas de las comunicaciones con Portugal y del enlace con la zona nacional del norte que dirigía Mola.

En Maqueda (21 septiembre) decidió Franco que Varela, con las tropas de Asensio y Barrón, se desviase a Toledo y liberase a los heroicos defensores del Alcázar. El éxito de la operación produjo una extraordinaria propaganda favorable en todo el mundo, que empezó a señalar a Franco como el jefe del Alzamiento: el día 29 fue elegido Jefe del Estado por la Junta de Defensa. Tras su toma de posesión en Salamanca el día 1 de octubre de 1936, el día 6 reanuda la marcha sobre Madrid; para ello, divi-

Ponte y Manso de Zúñiga, y E. Mola Vidal, y los coroneles de Estado Mayor F. Montaner Canet y F. Moreno Calderón. Su misión era coordinar y dirigir las operaciones militares, y servir de cabeza visible del bando “nacional” frente al gobierno republicano de J. Giral. Duró algo más de dos meses, puesto que el 1 de octubre tomaría el general Franco posesión de su cargo como Jefe del Estado Español; tras la muerte en accidente del general Sanjurjo (20 de julio), su prestigio y el acierto psicológico de liberar el Alcázar de Toledo, la Junta le eligió para ese cargo el 29 de septiembre dentro de un contexto favorable: los días 27 y 28 se habían liberado el Alcázar y Toledo, y el 28 el gobierno de Largo Caballero había huido a Valencia. Aquel mismo 1 de octubre, mientras en Burgos se vitoreaba a Franco, en Madrid se reunían por última vez las Cortes de la II República.

de sus tropas en cuatro columnas, mandadas por los coroneles Monasterio, Castejón, Delgado Serrano y Barrón. Tras la caída de Illescas (17 de octubre), todo el esfuerzo se concentra en la “batalla de Madrid”, y así va tomando Navalcarnero y la línea Seseña-Griñón. El día 4 de noviembre, las cuatro columnas de Yagüe ocupaban ya la línea Alcorcón-Leganés-Getafe.

Todo parecía indicar que Madrid iba a caer, y todos se preparaban para ello... menos el pueblo de Madrid, que había decidido resistir, y empezaba a difundir su famoso “*No pasarán*”. El día 5 de noviembre de 1936 las tropas “africanas” de Varela empezaron su penetración por los dos Carabancheles para obligar a los republicanos a fijar sus líneas de defensa en los puentes del Manzanares, y aprovecharon la evacuación del flanco izquierdo (la Casa de Campo) para pasar el río y penetrar en la Ciudad Universitaria. Esa noche empezaba la “batalla de Madrid” y, con ella, la segunda fase de la guerra (noviembre 1936-octubre 1937).

El día 6 llegaba el primer oro español a Rusia y salían de la capital los últimos miembros del gobierno y de la administración republicana (gabinete de Largo Caballero), dejando al general Miaja el encargo de formar una Junta de Defensa –con representantes de partidos, sindicatos y milicias– y defender Madrid. Ese mismo día las tropas de Varela ocupaban la línea Retamares-Carabanchel–Villaverde: a pesar de la fortísima presión de los ataques de las mejores tropas del ejército español, la ciudad resistió con bravura. Al día siguiente (el 7), mientras el “Ejército de África” atacaba y tomaba la Casa de Campo, Miaja creaba su Junta y la recién llegada XI Brigada Internacional desfilaba por la Gran Vía madrileña. Con ello levantaron la moral de los sitiados, pero sólo entraron en combate el día 8... cuando las brigadas y las columnas españolas de militares y milicianos habían contenido el primer y fortísimo empuje de las tropas de Varela.

Pocos días después, la XII Brigada Internacional fallaba estrepitosamente en el Cerro de los Ángeles, huyendo a la desbandada cuando alguien chapurreó en español: “¡¡moros, moros!!”. Después del fracaso de la primera maniobra envolvente de Varela, la segunda fase era la del ataque frontal: desde la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria se luchaba con arrojo y denuedo. Sin embargo, el día 21 la ofensiva había sido frenada por el nuevo Ejército de la República, levantado por Miaja y por Rojo, con la ayuda de las XI y XII Brigadas Internacionales, tras la desbandada de los anarquistas catalanes y la extraña muerte de su jefe, Buenaventura Durruti. En aquella batalla, los soldados alemanes tomaron parte en los combates en sus propios tanques¹³, al igual que los tanquistas soviéticos. Pero la realidad es que el frente de Madrid se había estancado, y esa situación (con pequeños cambios) duraría hasta el final de la guerra.

Mientras esto ocurría en la capital, la guerra seguía en otros frentes: las tropas y milicias de Franco se dirigían en Andalucía hacia el sur del Guadiana; en Baleares, hacia Fuerteventura e Ibiza; en Aragón, hacia Jaca, Huesca, Zaragoza y Teruel; y en

¹³ Así lo reflejó en mayo de 1939 un artículo del coronel barón Von Funck en la revista alemana *Die Wermacht*.

Guipúzcoa, se aprestaban a tomar San Sebastián. A la vista de la estabilización del frente de Madrid, el Generalísimo¹⁴ inició entonces una nueva estrategia:

- Frente de Madrid: ampliar por ambos flancos la cuña sobre la capital.
- Frente de Andalucía: Queipo de Llano debía asegurar la línea Córdoba-Jaén, y liberar Málaga.
- Frente de Guadalajara: para aislar totalmente a Madrid, debía tomarse esa provincia.
- Frente de Vizcaya: tomado San Sebastián, era preciso recuperar Vizcaya: la industria de guerra necesitaba imperiosamente las industrias vascas¹⁵. Las Brigadas navarras, que mandaba Solchaga, debían seguir tres fases operativas: tomar primero Guernica y el puerto de Urquiola; después conquistar el “cinturón de hierro” que rodeaba Bilbao, y finalmente tomar la capital vasca.

3. Batallas en torno a Madrid

Con arreglo al punto 1º de la estrategia diseñada por Franco para aquel momento (finales de 1936), era necesario cercar Madrid y dejarla aislada de la España republicana. Para ello se debía extender el frente sobre la capital, y rodearla a derecha e izquierda. Hasta entonces, el frente había sido una cuña contra la capital que había seguido como línea de avance desde Sevilla la que marcaba la carretera de Extremadura; en ese momento era conveniente ampliar por ambos flancos ese frente para cercar completamente Madrid y dejarla aislada: la resistencia sería inútil, y la ciudad caería inevitablemente. En contra de lo sostenido por muchos autores, Franco no había abandonado la idea de tomar Madrid y liberar a los cuantiosos prisioneros que llenaban sus “checas” y cárceles... tal y como se había hecho con el Alcázar de Toledo.

La ampliación de la cuña a derecha e izquierda que diseñó Franco tenía un objetivo doble: por el flanco izquierdo, apoderarse de la carretera de La Coruña para cortar las comunicaciones de Madrid con el frente de la sierra (la zona de Guadarrama y el Alto de los Leones); por el flanco derecho, asegurar definitivamente la línea y

¹⁴ El vocablo “Generalísimo” es un término conocido en la Historia, y como superlativo de “general” designa al jefe de los militares, en paz o en guerra, con autoridad sobre todos los generales de una nación o Estado. El título se originó en Francia, cuando Carlos IX de Valois (1560-1574) nombró Generalísimo al Duque de Anjou; más tarde, en el siglo XVII, Richelieu retomó este título para sí. En España, el primer Generalísimo fue Godoy, luego el Duque de Wellington durante la Guerra de la Independencia, y más tarde el infante Francisco de Paula, Espartero y otros; el último ha sido Francisco Franco Bahamonde, que lo tuvo desde 1936 hasta 1975.

¹⁵ Las industrias vascas de siderurgia y metalurgia eran tan importantes que, tras la caída de Bilbao en junio de 1937, el gobierno de Franco instaló allí el Ministerio de Industria, cartera que desde el inicio de 1938 ostentaría Juan Antonio Suanzes.

enlace entre la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria, y cortar las comunicaciones con Valencia.

Para lo primero (tercera fase de la “batalla de Madrid”), para afianzar la línea Guadarrama-Ciudad Universitaria para los nacionales, y en un primer intento de tomar la carretera de La Coruña, se inició el ataque sobre la zona de Húmera y El Plantío (30-XI-1936 – 15-I-1937). En ese contexto, tras la llamada “batalla de la niebla” (13 de diciembre de 1936), los nacionales consiguieron tomar Boadilla (día 16) y Villanueva de la Cañada (el 19). En un segundo intento, el día 3 de enero de 1937 consiguió el general Orgaz¹⁶ ocupar Villafranca del Castillo; el 4, tomó Las Rozas y Villanueva del Pardillo; el día 6, alcanzaba la carretera de La Coruña, el 7 se apoderaba de Pozuelo y Húmera¹⁷, el 8 de Aravaca y el 9 de la Cuesta de las Perdices. Pero el frente se recompuso y estabilizó: tras un contraataque con 25.000 hombres, los republicanos mantuvieron sus comunicaciones por la línea El Escorial-El Pardo.

Para lo segundo (cuarta fase de la “batalla de Madrid”), las tropas nacionales quisieron cortar otra importante vía de comunicación de Madrid: la carretera de Valencia. De este modo se inició la “batalla del Jarama” que duró del 11 al 23 de febrero de 1937. Franco había decidido adelantar la línea Pinto-Valdemoro-Seseña, que defendía el flanco derecho de sus fuerzas, y pasar el Jarama: de esa forma, además de la carretera de Andalucía, cortaba la carretera de Valencia. Con ello, Franco buscaba llegar hasta Alcalá de Henares, pensando en un posterior contacto con otras fuerzas que descendieran por la provincia de Guadalajara. Curiosamente el mando republicano (general Pozas) planeaba otra maniobra similar –pero de signo contrario– destinada a romper el cerco de Franco sobre la capital: siguiendo la línea Ciempozuelos-Torrejón de la Calzada, buscaba confluir con otras fuerzas que, mandadas por Miaja, bajarían desde el valle del Guadarrama hacia Navalcarnero. La fuerzas republicanas de Madrid (Miaja) y las de Centro (Pozas) confluyeron en los primeros días de febrero en una zona junto a Soto de Pajares y las alturas de La Marañososa (a la izquierda de Arganda). El 6 de febrero de 1937, las fuerzas nacionales del coronel Rada ocupaban el poblado y fábrica de La Marañososa, las del coronel Buruaga se instalaban en Górcuez de Arriba, y las de García-Escámez el pueblo de Ciempozuelos. A las tres de la madrugada del 11 de febrero, un tábor de Tiradores de Ifni bajaba desde La Marañososa hacia el puente del Pindoque¹⁸ sorprendiendo a la

¹⁶ Varela había sido herido el 25 de diciembre, y era baja. Para aquella vital operación que aliviaría la situación de los nacionales casi cercados en la Ciudad Universitaria y en la Casa de Campo (por ejemplo, recuérdese que el “lago” de la Casa de Campo había sido tomado por los nacionales en noviembre, pero reconquistado luego por los republicanos), Orgaz mandaba cuatro columnas, dirigidas por los coroneles Sáenz de Buruaga, Asensio, Barrón e Iruretagoyena. La maniobra era avanzar por ambas márgenes del río Guadarrama, desde Villanueva de la Cañada a Villanueva del Pardillo, Las Rozas y girar a Pozuelo y la carretera.

¹⁷ El general republicano Miaja, Jefe de la Junta de Defensa de Madrid, calificó los combates de ese día como “los más duros de los desarrollados en todo el frente madrileño”.

¹⁸ El puente del Pindoque tenía una gran importancia estratégica, por ser el más apropiado para cruzar el río. Era un puente del ferrocarril de vía estrecha que servía para transportar los productos de la fábrica de La Poveda hasta la estación de Ciempozuelos, perteneciente ésta a al ferrocarril de Madrid a Levante y Andalucía.

compañía francesa de la XII Brigada Internacional que lo custodiaba. Pero se dio la voz de alarma, y cuando la caballería de Barrón quiso cruzar el río se encontró con un fuego graneado de la artillería republicana (y su aviación), que batían la zona y el puente de Pindoque. Pero la caballería consiguió pasar, y cortó la carretera del puente de Arganda a Chinchón. Esa misma noche del día 11, Buruaga cruzaba el río y tomaba Gózquez de Abajo, y Asensio ocupaba San Martín de la Vega, desde donde –al día siguiente– alcanzaría la cima del Pingarrón; el día 13, Barrón estuvo a punto de conseguir las alturas de Valdeperdices. Pero el contraataque –incluso con tanques rusos– fue feroz y fortísimo, y la aviación republicana jugó un papel decisivo consiguiendo frenar la operación el día 14. El día 18, el heroísmo de García Morato, que mandaba la fuerza aérea nacional, se enfrentó y venció a la aviación republicana, y levantó la moral de las tropas de Varela; pero el frente apenas varió. En el Pingarrón se dieron combates fortísimos e incesantes, pero marcaron el final de la batalla... por agotamiento de ambos beligerantes. La lucha fue tan dura que se calculó entonces que más de la mitad de los que entraron allí en combate (en uno y otro bando) murieron o quedaron heridos.

Mientras tanto, en el frente de Andalucía se producía otro revés para las fuerzas republicanas: las tropas nacionales de Queipo de Llano, junto con las fuerzas motorizadas del CTV italiano, iniciaron el 5 de febrero de 1937 la campaña de Málaga, en donde entraron el día 8; el día 9 alcanzaban Nerja y Almuñécar, y Motril el día 10. Además de consecuencias psicológicas, la toma de Málaga supuso la ruina política de Largo Caballero (el 17 de mayo formaría gobierno el Dr. Juan Negrín), y establecer una cabeza de puente para la zona y tropas “africanas” del protectorado de Marruecos. Lo más triste fue la masiva huida de la población civil malagueña a Almería; días después muchas de ellas –y por el mismo camino– retornarían a sus vacías casas.

4. Nueva estrategia, nuevas campañas

De este modo se inició el primer semestre de 1937. En medio de aquellos triunfos de las armas nacionales (Varela y sus coroneles), frenados a tiempo por los republicanos (Modesto, Lukacs, Burillo, Líster), la línea fronteriza entre ambos se estacionó en aquel frente. El panorama que eso suponía para la estrategia de ambos bandos era fundamental:

En el bando republicano, Miaja y Rojo reorganizaron el Ejército popular (republicano) y, conforme a las directrices de los consejeros militares rusos, fijaron 2 objetivos: 1º: distraer tropas nacionales del frente del norte (Vizcaya), clave en la guerra. 2º: copar al enemigo al sur y al oeste de Madrid; para ello era necesario recuperar la carretera de Extremadura (hacia la línea Brunete-Móstoles) y recuperar la carretera de Andalucía (desde la línea Usera-Villaverde)

Para el bando nacional, se evidenciaba que la guerra debía ganarse en otros frentes. De todo ellos, el más importante parecía el frente de Vizcaya. En efecto; para los nacionales, una vez tomado San Sebastián (septiembre 1936) se hacía necesario recuperar Vizcaya: la industria de guerra necesitaba imperiosamente las industrias

vascas¹⁹. Conforme al plan establecido, las Brigadas navarras que mandaba Solchaga –junto con García Valiño y C. Alonso Vega– siguieron su campaña en aquel frente en las tres fases acordadas: 1ª: Guernica y el puerto de Urquiola, se lograba en marzo – abril 1937. 2ª: el “cinturón de hierro” de Bilbao, en mayo – junio. 3ª: Bilbao, en junio.

En el frente de Madrid, tras el éxito de la toma de Málaga, se pensó que parecía llegado el momento en que se podría realizar una maniobra envolvente sobre Madrid con la ayuda de las motorizadas unidades italianas, y tomar la capital por fin. La operación debía ser una pinza: por un lado, los italianos deberían bajar rompiendo la línea de Guadalajara; por otro, la división hispano-marroquí de Moscardó debería romper el puente de Arganda y juntarse con las tropas italo-españolas en Alcalá de Henares. Nunca como entonces se habían visto tantas unidades y elementos tan poderosos; y nunca la caída de Madrid había estado tan cerca.

Así se inició la campaña de Guadalajara el 8 de marzo: los italianos rompieron el frente, y empezaron a ocupar posiciones. Pero Rojo reaccionó rápidamente, y envió a Líster, Mera y Lacalle, y a la poderosa aviación republicana dirigida personalmente por Hidalgo de Cisneros, y frenaron a los italianos. Con verdadero empuje –a pesar de todo lo que ha dicho equivocadamente– contraatacaron éstos entre el 18 y el 21 de marzo, pero la concentración de tropas republicanas supuso el fracaso del CTV. Las líneas quedaron fijadas de nuevo, y Franco comprendió que ya no se podía tomar Madrid, sino que había que conquistar España pedazo a pedazo; entonces reemprendió la lucha en el norte, y lanzó las brigadas navarras y castellananas a la conquista del norte.

En el frente del norte (Vizcaya), la conquista por los nacionales de los tres objetivos antes mencionados desarrolló el sistema de gobierno y la administración autonómica de Euzkadi, cuyos dirigentes huyeron; los que quisieron resistir continuaron luchando, hasta que en agosto de ese mismo año 1937 se produjo la rendición de los *gudaris* en Santoña (Santander). Diversos historiadores han destacado la importancia decisiva de las industrias vascas en la logística de la guerra, por lo que han señalado que la guerra civil se decidió en aquel frente. Para estos autores, ahí ganó Franco la guerra: el resto de la contienda fueron operaciones de culminación de lo que allí quedó ya decidido (algunas de gran entidad y envergadura), retardándose el final de la guerra civil por otras razones, incluidas las de política internacional junto con las razones de política interna de la República, y las propagandísticas que los comunistas difundían eficazmente, no sólo en España sino también en el exterior. Sin embargo, también hay algunos historiadores que culpan a Franco de haber prolongado innecesariamente la guerra, lo que no es creíble.

Una vez que los nacionales tomaron el País Vasco (junio de 1937) y la región de Santander (agosto), la victoria y el triunfo en la guerra se decantó hacia este bando, que empezó a datar sus documentos con las expresiones “II Año Triunfal” o “III Año Triunfal”. Después de que la poderosa industria de la cornisa cantábrica

¹⁹ Las industrias vascas de siderurgia y metalurgia eran tan importantes que, tras la caída de Bilbao en junio de 1937, el gobierno de Franco instaló allí el Ministerio de Industria, cartera que desde el inicio de 1938 ostentaría Juan Antonio Suanzes.

ca quedó en poder de la España nacional de Franco, a la España republicana de Azaña aún le quedaba Cataluña (con una poderosa industria también), Madrid (con los restos de la Administración, y una imagen internacional de gran valor propagandístico) y la zona de Levante (agroalimentaria, y con industrias de menor entidad).

Ese era el contexto histórico y estratégico que explicó la batalla de Brunete (5-27 julio): una estrategia para dividir las tropas nacionales y hacer que se retirasen del frente norte (Vizcaya) para socorrer a las que iban a ser cercadas en Madrid, y –a la vez– librar a la capital del peligroso cerco al que las tropas nacionales la tenían sometida en los últimos meses. Por eso la batalla de Brunete era decisiva: para los nacionales, porque si resistían y mantenían el frente conseguido sin necesitar nuevas tropas que llegasen desde el norte, éste podía ser conquistado y decidir el curso de la guerra. Para los republicanos porque, si conseguían romper las líneas del enemigo, lograrían liberar Madrid y distraer tropas adversarias en el norte, frenando así su ofensiva arrolladora en el frente de Vizcaya.

Es necesario reiterar que la de Brunete no fue una batalla más, sino que –en realidad– era una operación de gran alcance por lo antes señalado, y fue una de las principales campañas del primer año de la guerra. También es conveniente recordar que el ataque principal (hacia Brunete-Móstoles) se inició en la madrugada del 6 de julio de 1937, en un sector entre Navalagamella y Villanueva del Pardillo, pero encontró una fuerte resistencia en las pequeñas guarniciones de los nacionales, que frenaron el avance y permitieron la llegada de refuerzos. Por su parte, el ataque secundario (en el sector Usera-Villaverde) se desencadenó entre el 6 y el 8 de julio²⁰, y fracasó con grandes pérdidas para el atacante.

Hasta el 13 de julio, la lucha en Brunete era favorable a los republicanos, que ampliaron paulatinamente la bolsa de penetración que habían creado entre Boadilla y Perales de Milla, pero la infantería y la aviación nacionales la frenaron a partir de ese día: días después, el 24 de julio de 1937, los nacionales retomaron Brunete y los contraataques republicanos fueron batidos eficazmente por la artillería y la aviación nacionales. De aquella batalla se dijo que fue durísima, pues en ella intervinieron casi 80.000 hombres y en los veinte días que duró llegaron a tener cerca de 35.000 bajas. En ella participaron todas las Brigadas Internacionales (salvo la XIV), y se la llamó “la batalla de la sed” por la angustia que ésta añadió a la lucha. Después de esta victoria de las tropas nacionales, el prestigio internacional de las Brigadas decayó tanto en la retaguardia republicana como en todo el mundo.

Sin embargo, hay un dato muy interesante que plantea curiosas cuestiones al investigador. El presidente Azaña anotó en su *Diario* el día 30 de agosto de 1937: “Giral me da una noticia, para mí nueva y muy alarmante. De las 20.000 bajas que

²⁰ El Diario de la Guerra, correspondiente al día 6 de julio, decía textualmente: “Frente de Madrid: El enemigo efectuó una concentración de fuerzas y atacó nuestras posiciones del frente de Villanueva de la Cañada y Villanueva del Pardillo. La intensidad del ataque fue grande, sucediéndose los ataques parciales a nuestras posiciones. Fueron duramente rechazados, causándose al enemigo muchos millares de bajas. Una pequeña fuerza, precedida de carros rusos, consiguió infiltrarse entre nuestras posiciones en dirección a Brunete, donde no se encontraba ninguna fuerza nacional. Acudieron algunas fuerzas de reserva, que tienen cercado al enemigo”.

aproximadamente hemos tenido en aquella operación [se refiere a la batalla de Brunete] la mitad son de desertores más o menos disimulados”²¹. Eso reitera algo que es sabido: muchos se adherían al régimen –e incluso a las fuerzas armadas– de la región geográfica donde les hubiera sorprendido el estallido de la guerra, y luego se reubicaban o posicionaban donde les empujaba su ideología o convicciones; pero muchos de aquellos españoles habían defendido Madrid el 6 de noviembre anterior: ¿lo hicieron por ideología, o por miedo a las tropas moras que traía Varela, y cuyos excesos y ferocidad eran bien conocidos desde la revolución de Asturias de 1934? ¿El empleo de *tábores* y *mehalas* propició las adhesiones a la causa nacional, o las frenó? Éste es un aspecto no estudiado de nuestra guerra civil, y de los planteamientos personales de muchos que la vivieron y tomaron parte activa en ella.

5. Campañas posteriores

Durante el segundo semestre de 1937 culminaron las estrategias y objetivos que Franco diseñó para la guerra. Así, restablecida la situación en el sector de Brunete, los nacionales reanudaron las operaciones en el norte: el general Dávila (que sustituía a Mola, muerto el día 3 de junio en un accidente de aviación) ocupaba Santander el 26 de agosto, recibía la rendición de los batallones vascos, y dejaba aislada en Asturias una bolsa republicana que resistió dos meses más. Pero con las brigadas de Solchaga y Aranda, Dávila barrió al enemigo y ocupó los principales nudos de comunicaciones: el día 21 de octubre tomaban Gijón y capturaba numerosos prisioneros después de que sus jefes y dirigentes hubiesen huido por barco.

Mientras tanto, deseando el mando republicano retardar y obstaculizar el avance nacional en Asturias y al igual que lo ocurrido en Brunete, había realizado una nueva ofensiva en Aragón: se proponían conquistar Zaragoza aprovechando la escasez de fuerzas nacionales, la extensión de sus líneas, y la presencia de su Ejército de Maniobra, trasladado allí desde su derrota en Brunete. Sus fuerzas eran cerca de 120.000 hombres frente a los 30.000 con lo que allí contaban los nacionales. La ofensiva empezó el 24 de agosto, y resultó feroz; pero (al igual que ocurriera en la batalla de Brunete) las pequeñas guarniciones supieron resistir el ataque, lo que permitió a los nacionales el envío de refuerzos y de la aviación. En esta campaña se produjo la gesta heroica de Belchite.

Con ello comenzaría la tercera etapa de la guerra, que abarcaría desde octubre de 1937 hasta noviembre de 1938. La primera gran campaña fue la de Teruel, una península nacional enclavada en un mar republicano. Cuando el mando nacional disponía en los alrededores fuerzas suficientes para hacer un nuevo intento contra Guadalajara, el mando republicano se adelantó: el 15 de diciembre de 1937 se inició una ofensiva en la que participaron cinco Cuerpos de Ejército republicanos (40.000 atacantes y 60.000 de reserva), y consiguió cortar las comunicaciones entre Zaragoza y Teruel, que cayó el día 22. Los Cuerpos de Ejército nacionales de Galicia (Aranda) y Castilla (Varela) intentaron recuperarla a finales del mes. Frío y nieve

²¹ AZAÑA, Manuel: *Obras completas*, Madrid, Gómez, 1990.

dificultaban las operaciones, que se reanudaron el 17 de enero: en la batalla del Alhambra (5-7 febrero) abrieron el camino a la ciudad, que volvió a ser reconquistada entre el 17 y el 23 de febrero de 1938.

Otra gran campaña fue la de Aragón, que vino a ser continuación de la anterior. Los nacionales pasaron al ataque: olvidándose de Madrid, decidieron atacar hacia el Mediterráneo para dividir la zona republicana en dos partes totalmente incomunicadas. La operación se inició el 9 de marzo de 1938, y el 10 reconquistaban Belchite; después de romper el frente, se descolgaron hacia el S.E. de Zaragoza tomando Moneva, Martín de Río, Obón, Alcañete, e incluso Calanda (día 14) y Caspe (el 17). La ofensiva se ciñó luego al área en torno a Huesca, y luego de nuevo en Zaragoza (Los Monegros el día 26), para llegar a Fraga y penetrar en Cataluña desde el día 27. El 2 de abril tomaban la tarraconense Gadesa, y al día siguiente se alcanzaba Lérida; por fin, el 15 de abril llegaban al Mediterráneo y se conseguía Vinaroz (al norte de Castellón), desde donde subieron hacia el norte. Con la toma de Castellón el 13 de junio, la España republicana quedaba dividida en dos definitivamente; pero el mando nacional esperaba romper la línea Viver-Segorbe-Sagunto, que les abriría el camino hacia Valencia, lo que no se pudo conseguir y ese objetivo se abandonó a finales de julio.

A la vez, también se había iniciado desde el día 25 de julio de 1938 la batalla del Ebro, otra de las grandes batallas de la guerra. Comenzó cuando el republicano Ejército del Ebro pasó el río de noche en la zona zaragozana de Mequinenza, al sur de Fraga, y en la desembocadura del Ebro, y se apoderó de bastantes posiciones poniendo en peligro los avances nacionales hasta ese momento. A principios de agosto, los nacionales hicieron un contraataque que obligó a los republicanos a repasar de nuevo el río; pero a primeros de septiembre pasaron los nacionales a la ofensiva, y durante ese mes y el de octubre consiguieron objetivos limitados (creando un verdadero desgaste al enemigo): el 2 de noviembre controlaban toda la sierra de Pandols, y el día 7 ocupaban Mora de Ebro. La batalla del Ebro costó más de 70.000 bajas a los republicanos, y cayeron prisioneros cerca de 20.000 hombres.

Paralelamente, en aquellos mismos momentos se producía una campaña en Extremadura, desde que el 9 de agosto los nacionales rompieron el frente y se apoderaron de posiciones republicanas. Después de aquellos meses, la II República estaba herida de muerte, habiendo perdido su oro, sus hombres, las Brigadas Internacionales, y su imagen exterior. Además, después de la Conferencia de Munich –30 sept.– y en pleno auge de la “política de apaciguamiento” a Hitler, perdieron también sus apoyos en el exterior.

De este modo se inició la cuarta etapa de la guerra (noviembre 1938-marzo 1939). Aunque tuvo campañas importantes y de gran transcendencia, no eran ya más que liquidación del período anterior: la victoria estaba ya decantada del lado de Franco y los nacionales. Aquellas últimas campañas eran la culminación de las anteriores: la de Cataluña (Tarragona es conquistada el 15 de enero, Barcelona el 26), la de Madrid (se entregó el 28 de marzo) la de Valencia y Alicante (el 30).

Para muchos españoles el único parte de guerra que resultó esperanzador, si no hermoso, fue aquel tan conocido del 1 de abril: “En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, han alcanzado las tropas Nacionales sus últimos objetivos militares. “LA GUERRA HA TERMINADO”.

6. Referencias para investigadores y estudiosos

Como es lógico, los documentos que han servido de base para este estudio se encuentran en los archivos militares. El estudioso debe dirigirse en primer lugar al antiguo Servicio Histórico Militar (que desde 1998 se denomina Instituto de Historia y Cultura Militar), y desde ahí, según sea el ámbito que se desee profundizar, habrá que acudir al de Ávila, al de Segovia, al de Viso del Marqués o incluso al de Salamanca.

Respecto a la bibliografía especializada, sobre nuestra Guerra civil hay mucha y muy variada. Entre las obras más serias, hay que señalar los libros de THOMAS, Hugh: *La guerra civil española*. París, Ruedo Ibérico, 1967, de CUENCA TORIBIO, José María: *La guerra civil de 1936*. Madrid, Espasa-Calpe (Austral), 1986, así como la magistral obra de ANDRÉS GALLEGOS, José y otros: *España actual. La Guerra Civil*. Madrid, Gredos, 1989, vol. 13,1 de la *Historia de España* dirigida por A. MONTENEGRO DUQUE. En nuestro tiempo, en que hay un cierto cultivo de la “historia oral”, es conveniente recordar el libro de BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso y DE DIEGO, Álvaro: *Historias orales de la Guerra Civil*, Barcelona, Ariel, 2000.

Los libros de ARRARÁS, Joaquín: *Historia de la Cruzada española*, Madrid, Ed. Españolas, 1940-43 (8 vols.) y AZNAR, Manuel: *Historia militar de la guerra de España*. Madrid, Editora Nacional, 1958-63 (3 vols.), reflejan los planteamientos y actitudes del bando nacional; los de LÍSTER, Enrique: *Nuestra guerra*, París, Librairie du Globe, 1966, e IBARRURI, Dolores: *Guerra y revolución en España*, Moscú, Ed. Progreso, 1966, reflejan los del bando republicano o “rojo”, término éste con el que ellos mismos gustaban autodenominarse.

Desde un punto de vista militar, los autores que han estudiado estas operaciones con mayor rigor han sido, además del propio general CASAS DE LA VEGA, José Manuel MARTÍNEZ BANDE y Juan PRIEGO LÓPEZ.